UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE

PRESENTACIÓN

Ofrecemos al lector un texto del partido publicado en pleno periodo de efervescencia anticolonial en Asia y Africa. Para nuestra corriente la división del así llamado "mundo árabe", en multitud de grandes y pequeños estados artificiales, tiene unas causas históricas cuyas verdaderas raíces deben buscarse en la Edad Media, y que han tenido como consecuencia trascendental la imposibilidad manifiesta de los árabes de construir un estado nacional unitario, que abrazase el inmenso territorio comprendido desde el Magreb al Golfo Pérsico.

Han transcurrido más de treinta años desde la publicación de este texto, y el carácter quimérico de la unidad nacional árabe se presenta hoy con igual o mayor evidencia aún que en 1958. Los actuales acontecimientos del Golfo Pérsico muestran algo que es obvio para cualquiera: los árabes siguen divididos, y esta división secular e insoluble, ha sido y es utilizada con pleno éxito hasta ahora por el imperialismo mundial, con los Estados Unidos en el papel de gendarme mayor.

En el periodo y en el contexto histórico de 1958, la organización del "mundo árabe" en un Estado unitario que se extendiese desde Marruecos hasta Irak era, dentro del marco burgués, una aspiración revolucionaria. En la actualidad y analizando cuanto ha acaecido en estos últimos treinta años (independencia de las últimas grandes colonias, transformaciones radicales en la estructura económica y social de los principales países árabes en un sentido capitalista moderno, sin olvidar un hecho esencial : las masacres de las masas proletarias y pobres en Argelia, Túnez, Marruecos Palestina...) hay que destacar dos aspectos fundamentales. En primer lugar el panarabismo representado por el Ba'th (Baaz, "Resurrección" o "Resurgimiento" en árabe) ha mostrado su inconsistencia y su vacuidad ideológica, pues no sólo se ha revelado incapaz de llevar a cabo la unidad árabe (ni tan siquiera entre Siria e Irak en los cuales dirige el gobierno), sino que incluso su nacionalismo radical (base fundamental de su ideología) queda puesto en entredicho tras los vínculos de Siria e Irak con el imperialismo mundial, hasta fecha reciente en el caso iraquí. Y segundo, que el carácter de las jóvenes burguesías árabes es tan plenamente reaccionario, y sus lazos con las potencias imperialistas tan estrechos que hoy, el verdadero miedo compartido tanto por el imperialismo mundial como por las clases dirigentes árabes, se centra precisamente en esa misma unificación árabe, que sería tanto como decir unificación de la futura revolución proletaria en todo ese área geo-histórica.

* * * * *

LAS CAUSAS HISTÓRICAS DEL SEPARATISMO ÁRABE

(De "Il Programma Comunista" Nº6, 27 de marzo - 6 de abril de 1958)

No es la primera vez que nos ocupamos de las causas de la escisión árabe. Sobre todo debemos recordar al lector el artículo "La quimera de la unificación árabe a través de acuerdos entre Estados" (Il Programma Comunista, Nº10-1957). Había sido ahogado en sangre unos días antes el movimiento antimonárquico en Jordania. Todos recordamos el desarrollo de aquellos acontecimientos. El éxito obtenido por el déspota de Amman, sostenido por la VI Flota USA y por las tribus del desierto, contra el movimiento panarabista apoyado por Egipto, no marcó sólamente un giro en la política interna de Jordania, ya que provocó la ruptura abierta entre las monarquías árabes (Jordania y junto a ella Irak y Arabia Saudita) y las repúblicas que dirigen la agitación naserista en el Islam (Egipto y Siria).

LA ÚLTIMA ESCISIÓN

La escisión determinada por la crisis jordana se ha puesto de manifiesto plenamente estos días con la proclamación de la República Arabe Unida que federa a Egipto y a Siria. A esta se oponía inmediatamente la Federación Arabe surgida de la unión entre Irak (antes de la llegada al poder del Ba'th que se produce en 1963, ndr) y Jordania. Para quien sigue los acontecimientos de Oriente Medio, las nuevas invenciones constitucionales no representan un imprevisto. Vienen a confirmar que la escisión árabe prosigue más áspera y despiadada que nunca. La unificación árabe a través de acuerdos entre Estados continúa siendo una vana quimera. Para llevarse a cabo debe seguir diversas vías: no puede limitarse a modificaciones del orden existente constituido, sino por el contrario a su total destrucción. O sea debe seguir la vía revolucionaria.

Una cuestión importante es ver qué movimiento político está en grado de cargar con la tremenda tarea de dirigir la revolución árabe. Pero al menos por ahora no podemos ocuparnos de esto, siendo necesario ante todo estudiar las causas

históricas que impiden la realización de la unificación estatal de los pueblos de Asia y Africa que hablan el árabe. No pretendemos agotar en estas pocas líneas un trabajo tan imponente, y tampoco exponer un plan completo del mismo, sino sólamente tratar y ni siquiera de forma definitiva, los grandísimos problemas que están ligados a él.

Ante todo, ¿cómo plantear la cuestión? Nosotros pensamos que se puede hacer en estos términos :"¿Qué factores históricos impiden la formación de un Estado nacional árabe, favoreciendo la perpetuación del nefasto subnacionalismo de los actuales Estados árabes artificiales, actuando en un sentido opuesto a las tendencias unificadoras que brotan de la comunidad de lengua, de origen racial y de las tradiciones que distinguen a los pueblos que habitan el Africa septentrional, desde Marruecos a Egipto, y el Asia occidental, desde la Península del Sinaí al Golfo Pérsico?".

Quien crea responder a tal cuestión haciendo recaer sobre el imperialismo capitalista todas las causas de la escisión que desgarra al así llamado mundo árabe, da una visión incompleta del fenómeno. Se comprende muy bien el por qué, si se piensa que la división y la "balcanización" de la nación árabe se verificó mucho antes de que surgiese el imperialismo. En efecto, las antiguas tribus que se expandieron fuera de Arabia, como consecuencia de la revolución religiosa y social de Mahoma, y que conquistaron sus actuales lugares de residencia en Asia y Africa, no consiguieron prácticamente formar una nación a pesar de los lazos de sangre y de cultura. Sólo por un breve periodo de tiempo el Califato consiguió imponer la autoridad de un poder central sobre el inmenso imperio islámico. Por lo tanto, decir que la división de los árabes es un efecto de la dominación imperialista no es exacto. Es cierto, sin embargo, que la dominación imperialista ha podido perseguir sus fines precisamente explotando los poderosos factores históricos que, desde el siglo X, impiden la unificación de los árabes.

En otros términos, para explicar la causa inmediata de la sujección de los árabes al imperialismo capitalista, debemos recurrir a las luchas intestinas que se manifiestan en la existencia de numerosos estados y estadillos árabes diversamente dimensionados pero igualmente impotentes para substraerse del cepo de la explotación y de la opresión imperialista. Pero explicar la desunión sólo con la intervención imperialista sería una tautología. En realidad las causas de la división árabe están unidas íntimamente a la misma epopeya de la conquista musulmana.

EL CICLO PASADO

El mahometanismo, codificado en el Corán, fue la ideología de la revolución social de las poblaciones nómadas del desierto, dedicadas tanto a la cría de ganado en periodos normales como al ejercicio de la razzia, que se levantaron contra la poderosa oligarquía mercantil imperante en La Meca. Los criadores de ganado -los beduinos- y los pequeños agricultores constituían, en la época de la predicación de Mahoma, la aplastante mayoría de los habitantes de la península arabiga. Sobre ellos se levantaba la dominación de clase de los mercaderes de La Meca, que monopolizaban el comercio marítimo a través del Mar Rojo y los transportes por caravanas que unían el interior con los puertos de la costa, cuando no llevaban a cabo directamente el enlace por vía terrestre, a través del Sinaí, de las corrientes comerciales de Europa y Asia. En sus manos se concentraban todas las riquezas, sin excluir los géneros alimentarios, que las tribus nómadas, cuando la sequía diezmaba los rebaños, se veían obligados a adquirir a precios desorbitados. Un ejemplo no raro en la historia de las revoluciones es Mahoma, "transfuga" de la clase dominante que se pasa al campo de la revolución, habiendo sido, -hasta la Egira- un rico mercader de la tribu de los Coreixitas.

Debido a las especiales condiciones históricas en las que se desarrolla, la revolución mahometana no pudo ser más que una aplicación en dimensiones colectivas de la razzia beduina, o sea una forma inferior de expropiación de la riqueza. La "guerra santa" islámica fue, en su origen, una guerra social contra la usura y la prepotencia de la riqueza. Pero la revolución, que salió vencedora de la guerra social, habría podido alcanzar sus finalidades sólo a condición de transformarse en un feudalismo agrario, como habían hecho en Europa los conquistadores bárbaros que acabaron con el Imperio Romano. A esto se oponían las mismas condiciones naturales del país, en gran parte desértico. En la historia del Islám el desierto juega un papel de primera importancia, y esto prueba como son las condiciones materiales las que "plasman los destinos" de los pueblos, como gustan expresarse algunos.

La revolución que había encendido la guerra civil entre los árabes no pudo detenerse una vez que las tropas islámicas conquistaron y unificaron, bajo la guía del "Profeta", su patria atávica: Arabia. No pudiendo conseguir en el interior sus finalidades, y al quedar muchos combatientes revolucionarios de primera hora y nuevos adeptos excluidos en el reparto del botín, fue necesario forzar los límites de los Estados circundantes. Así, la "guerra santa" mahometana asume bajo sus sucesores -los Califas- las formas de una invasión bárbara, que fue impetuosa e irresistible porque a lo largo del camino unía a sus filas a todos los oprimidos y explotados. Todos ellos se convertían con entusiasmo a la nueva religión, inflamante ideología revolucionaria que atraía a los humildes y a los pobres, y rechazaba con maldiciones apocalípticas a los ricos y a los usureros. La tremenda erupción social invadió y sometió en poco tiempo dos grandes imperios que en Oriente perpetuaban tradicionalmente contra los "bárbaros" la función desempeñada por Roma en Occidente, o sea el Imperio bizantino y el Imperio persa sasánida. Verdaderas "cárceles de pueblos" y sedes de la más refinada dominación de clase, estos imperios se opusieron en vano a la conquista musulmana. Este es un formidable ejemplo histórico de como Estados poderosos y antiguos, pero conservadores, pueden ser doblegados por otros Estados de reciente formación o en vías de formación, pero que se vuelven invencibles por el furor revolucionario que los empuja.

En pocos años, del 632, fecha de la muerte de Mahoma, al 720, la conquista musulmana se extiende por un inmenso territorio. Desde el Sind (la región

suroriental del actual Pakistán) hasta los Pirineos. El imperio persa sasánida fue destruido, y el bizantino quedó enormemente mutilado. Asia Menor, Siria, Palestina, el Egipto romano, el Magreb, fueron perdidos por Bizancio. La monarquía visigoda de España fue derrotada y desapareció. El plurisecular imperio sasánida, que comprendía los actuales Irak e Irán hasta el rio Amu-Daria, caía estrepitósamente y sus antiguas ciudades como Bagdad, se convertían en los centros de la nueva civilización del Corán. Una inmensa revolución transformaba el mundo. Tanto más sorprendente, viendo esto, es la incapacidad de los árabes, magníficos conquistadores, para crear un Estado nacional.

Bajo este aspecto los árabes representan tal vez un caso único entre los pueblos conquistadores. Los mongoles, por ejemplo, consiguieron fundar imperios mucho más vastos que el musulmán, pero ocuparon por poco tiempo los territorios conquistados, retirándose finalmente a su patria de origen siendo absorbidos étnicamente por las poblaciones autóctonas. Los árabes por el contrario, consiguieron sobreponerse a las poblaciones sometidas, transformando en su patria los territorios conquistados; pero fracasaron totalmente en la tentativa de superar su particularismo bárbaro para darse un régimen político unitario, un Estado nacional. Esto debía retardar mucho, lo vemos hoy, el desarrollo histórico de Africa y de Oriente Medio.

A decir verdad, fue una época en la cual parece que la tendencia unitaria debiese prevalecer en el incandescente mundo islámico, y que fue la época que vió pasar el Califato a manos de la dinastía de los Omeyas (660-750). Bajo estos el Islám alcanza su máxima extensión territorial, después comenzó el inevitable declive. Los Omeyas, divergiendo un poco de la ortodoxia política coránica, intentaron liquidar el separatismo, profundamente ligado a las tradiciones de un pueblo que había vagado durante siglos por el desierto, no conociendo otra forma de convivencia social que la tribu nómada, rebelde ante toda forma de contricción que no fuese la ejercida por las fuerzas de la naturaleza. Fue un experimento apenas esbozado. El gran diseño político de una monarquía nacional absoluta y hereditaria, apoyándose en una burocracia militar y civil que asegurase al centro del poder un control regular del inmenso imperio, debía fracasar miserablemente. Sobre las tendencias centralizadoras y nacionales prevalecieron las fuerzas del atávico anarquismo beduino. El primitivo comunismo tribal, colectivista en el interior y anárquico hacia el exterior, había permitido a los nómadas del desierto, criadores de ovejas y dromedarios e implacables ejercitadores de razzias contra las caravanas y los poblados campesinos, acabar con la aristocracia mercantil de La Meca. Había suministrado el alimento de una fanática fe y de un fabuloso coraje a la revolución mahometana. Pero actuó negativamente cuando, al salir las milicias islámicas de Arabia, y una vez conquistado el inmenso imperio, se trató de darle un orden político que asegurase su continuidad.

Alguien puede maravillarse de que atribuyamos al primitivo comunismo beduino una cierta influencia negativa. Pero para los marxistas, el comunismo, no es un ídolo al cual sólo haya que lanzar alabanzas. Existe un comunismo primitivo que marca la salida de la especie humana del estado bestial de su existencia, y en cuanto tal es una revolución de incomensurable importancia, quizás la más grande de todas las revoluciones. Asociándose el antropoide llega a convertirse en hombre. ¿Qué mayor homenaje puede rendir el marxismo al comunismo primitivo? Todo lo que existe, y existirá todavía, entre el comunismo primitivo y el comunismo moderno es, para el marxismo, un infame pero necesario paréntesis en la existencia de la especie.

La ruinosa escisión entre Chiítas y Sunnitas, o sea entre la vieja guardia del mahometanismo que había acompañado al profeta en su emigración -la "Egira"- desde La Meca a Medina y los innovadores, debía hacer caer para siempre las aún frágiles estructuras del Estado nacional árabe. La dinastía de los Abásidas que se apoderó en el año 749 del Califato, masacrando a los Omeyas, fue reducida muy pronto al rango de esas monarquías feudales a las que el excesivo poder y lejanía de los feudatarios privaba de toda autoridad efectiva. El Califa quedaba reducido al grado de mero jefe de la religión islámica, casi privado de poder temporal. El desmembramiento del imperio fue rápido e irremediable. Algunos años después de las luchas intestinas los proscritos omeyas que escaparon de las venganzas del partido vencedor se refugiaban en España donde fundaron un emirato independiente. A continuación, también el Magreb y Egipto se hicieron prácticamente independientes, el Estado nacional árabe se presenta poco más o menos que como un sueño.

La falta de un Estado nacional árabe formado sobre el modelo de las monarquías feudales que se estaban formando en Europa, tuvo unas consecuencias históricas de una importancia colosal. Es fácil pensar que un Estado nacional árabe, sólidamente construido, habría podido impedir las victorias obtenidas en las Cruzadas. ¿No es en esa época cuando Europa conquista una supremacía sobre Africa y se opone a ella? Si se considera además que los golpes infligidos a la potencia árabe por los ejércitos cruzados sentaron las premisas de la ruinosa invasión de los mongoles y, a continuación, de la conquista de los otomanos, se tiene un cuadro completo de las repercusiones negativas que la inexistente unificación de los árabes tuvo sobre la historia de tres continentes.

Saliendo del campo de las conjeturas para permanecer en el campo histórico, aparece, por el estudio del ciclo histórico de los árabes, una conclusión que puede parecer casi obvia. Debido a la incapacidad para fundar un Estado nacional, los árabes se convirtieron de conquistadores en conquistados, y fueron apartados del progreso histórico, o sea condenados a permanecer en el fondo del feudalismo mientras los Estados de Europa se preparaban para salir de él para siempre y conquistar de tal modo la supremacía mundial.

Ahora podemos explicarnos útilmente las causas históricas de la caída de los árabes bajo el yugo de la dominación imperialista. Sabemos que para mantener el actual estado de desunión y de impotencia de los árabes, que es la condición de la perpetuación de la explotación imperialista, son necesarios

dos órdenes de causas: las seculares tradiciones conservadoras en el interior, la ingerencia extranjera en el exterior. ¿Qué significado tiene esto a nivel político? Significa que el mundo árabe debe cargar con al tremenda tarea de una doble lucha: la revolución social y la revolución nacional, la revuelta contra las clases reaccionarias que transmiten tradiciones ya superadas y contra los ocupantes extranjeros. Sólamente una victoria en estos dos campos puede asegurar el triunfo de la unidad árabe desde el Océano Atlántico hasta el Golfo Pérsico.

EL JUEGO DEL IMPERIALISMO

Prosiguiendo el camino emprendido, la "balcanización" de los árabes llegará a sus extremas consecuencias. Los árabes se verán encerrados cada vez más dentro de Estados prefabricados, o sea fabricados por el imperialismo y sus agentes, Estados infectados por una miseria deprimente, abatidos por una insuperable impotencia, que consumirán su inútil existencia en la lucha intestina. Actualmente existen no se sabe cuantos bloques inter-árabes. A las dos federaciones rivales que se disputan la adhesión de los demás Estados (los sirio-egipcios han conseguido el voto de Yemen, los irako-jordanos están todavía en la fase de cortejar a los sultanatos del Golfo Pérsico) amenaza con añadirse -¡y oponerse!- la Federación del Magreb, impulsada por Mohamed V y por Burguiba, que debería comprender a Marruecos, Túnez y Argelia, cuando ésta obtenga la independencia. Pero ya se sabe, por los discursos anti-nasseristas de Burguiba, que la proyectada Federación está orientada a favor de Occidente y contra el panarabismo Vienen enumerados después los Estados del doble juego como Arabia Saudita, el Líbano, Libia que tienen una sonrisa para la Liga Arabe (¿por qué la mantienen aún en pie?) y dos sonrisas para el Departamento de Estado.

Pero el imperialismo no duerme tranquilo. Las alarmadas invocaciones al "peligro ruso", los cuentos acerca de las "infiltraciones rusas" en Oriente Medio y en el Magreb sirven para ocultar el verdadero temor. Lo que verdaderamente temen las burguesías europeas, y con ellas el imperialismo americano, es un progreso efectivo del movimiento de unificación árabe. ¿Habeis pensado alguna vez en las enormes consecuencias que tendría la formación de un Estado unitario árabe? Marcaría el fin de la dominación colonialista en toda Africa, no sólo en el Africa árabe, sino también en el resto del continente habitado por pueblos de raza negra, que está sacudido por profundos estremecimientos de revuelta. Los mitos que la clase dominante fabrica están destinados a inculcar en las mentes de las clases oprimidas el prejuicio de la vacuidad de la lucha contra el orden vigente. Y bien, ¿quién puede medir la gigantesca importancia revolucionaria que tendrá la caída del mito de la superioridad de la raza blanca?

Desmenuzados en pequeños estadillos, divididos por innobles cuestiones dinásticas, devorados vivos por los bribones de los monopolios capitalistas extranjeros que con mucho gusto ceden grandes tajadas de los beneficios petrolíferos, enredados en las mortíferas alianzas militares del imperialismo, los Estados árabes no sólo no le causan ningún temor a los imperialistas, sino que sirven como peones en su juego diabólico. ¿Pero que sucedería si los árabes, superadas las desuniones suicidas, consiguiesen fundar un Estado nacional que uniese a todos los territorios africanos y asiáticos habitados por poblaciones árabes? ¿Asistiríamos sólamente al despertar de toda Africa? No, los que militamos en el campo de la revolución comunista obtendremos algo muy distinto. Obtendremos el poder asistir a la definitiva, inapelable condena a muerte de la vieja Europa, de esta podrida, corrupta, homicida Europa burguesa, infectada de reacción y de fascismo más o menos camuflado, que desde hace cuarenta años es el foco inexausto de la guerra imperialista y de la contrarrevolución.

Por eso estamos por la revolución nacional árabe. Por eso estamos contra los gobernantes de los Estados árabes los cuales o bien persiguen abiertamente finalidades separatistas y reaccionarias (las monarquías mediorientales) o tienden a un reformismo superficial y a la colaboración con Occidente (Burguiba , Mohamed V). Ni podemos, como hacen los "comunistas" de Moscú, apoyar incondicionalmente el movimiento panárabe de Nasser, porque en él hay demasiado lastre reaccionario, vanamente disfrazado por un hábil juego demagógico. El Estado nacional no lo fundará ninguno de estos. Todos ellos se presentan como campeones del Islám. Pero su islamismo está tan lejos del de los camaradas de Mahoma como el cristianismo de los católicos lo está de los agitadores de las catacumbas.

* * * * * * *
* * * * *

SOSTENED

ECONOMICAMENTE

LEED Y DIFUNDID

EL COMUNISTA

Para correspondencia (sin más datos)
Apdo. de Correos 52.076
28038 Madrid.